

Muerte en la selva

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Hace años estuve en *Canaima*, en la cuenca del Orinoco, muy al sur de Venezuela. Allí me contaron de ciertas atrocidades de estancieros, agricultores y compañías mineras: para desalojar a los indios ya no era preciso correrlos a tiros, pues bastaba dejar caer cerca de sus poblados, desde avionetas o helicópteros, mantas, sábanas y ropa de desecho de clínicas y hospitales. Los indígenas que las recogían enfermaban tontamente de gripe, de sarampión, de varicela, otitis o resfriado común: no conocen esas enfermedades, claro está, y morían de muerte *natural*. Así dejaban paso a la *colonización*, sin problemas y sin ruido. Pero más al sur todavía, en la Amazonia brasileña, la fiebre del oro, el trazado de la autopista transamazónica, las grandes compañías madereras y las empresas agropecuarias han desatado la prisa. Allí sí hay tiros, y la deforestación rápida a *tierra quemada*, y la inhalación y el contacto con el mercurio empleado en la purificación del oro, están acabando con los indios y con su ecosistema. Han ardido ya más de 600.000 kilómetros cuadrados de selva, una superficie mayor que la de toda España; hay más de 400.000 personas *azogadas* o en riesgo de envenenamiento por mercurio. Y el dióxido de carbono de los incendios, la elevación de la temperatura en los polos y el descenso mundial de la tasa de lluvias amenaza no sólo a los indios, sino a toda la humanidad.